

DISSERTATIUNCULA DE GRADIBUS COGNATIONIS.

ARGUMENTO.

Un presbítero consulta sobre cómo deben contarse los grados de parentesco: no le parece tan seguro seguir la costumbre común (es decir, numerar de tal modo que siempre sobre una persona) como para que sea un error apartarse de ella, especialmente cuando algunos pasajes de la Escritura parecen oponerse. Pide, por tanto, que en esta reflexión se exponga su opinión.

Al señor S., presbítero religioso, PEDRO, monje pecador, el vínculo indisoluble de la caridad.

Advierte el sabio: «Con un hombre religioso trata sobre la santidad, y con el justo sobre la justicia (Eclo. XXXVII)». Quien también posteriormente dice: «Sé asiduo con el hombre santo, a quienquiera que reconozcas observando el temor de Dios (Ibid.)». Por lo cual, yo, reconociéndote, venerable hermano, he considerado adecuado no compartir contigo consejos terrenales, sino tratar más bien sobre cuestiones espirituales y eclesiásticas. En un pequeño trabajo, donde discutí sobre los grados de parentesco, recuerdo haber dicho, entre otras cosas: Al numerar las generaciones de parentesco, siempre debe abundar una persona. Lo cual, aprobándolo, añadí: Pues no puede haber generación de una sola persona. También aporté testimonios de las Escrituras que definieron esta discusión, de modo que cuando se calculen las generaciones de los parientes, siempre se encuentre que una persona excede. Por ejemplo: donde hay cinco generaciones, necesariamente deben ser seis personas. Así también en los demás, el número de grados supera la multitud de personas.

Pero con el paso del tiempo, al leer algo, me encontré en las Escrituras con algo que me persuadió de que esta regla de la enumeración del parentesco podría cambiarse; especialmente cuando muchos seculares se quejan de que esta definición es dura y cruel, y afirman que no pueden obedecernos a menos que, por lo menos, relajemos algo del rigor de esta ley. Esta guerra diaria, este reproche sin tregua soportamos.

[DISSERTATIUNCULA.]

CAPÍTULO PRIMERO. La regla que debe observarse al calcular las generaciones.

Nos parece, por tanto, que no se puede ascender sin culpa a las debilidades de los débiles, para que decidamos que el número de parentescos y personas coincida; de modo que tantas como sean las personas, tantas también se digan ser las generaciones. Para que esto no parezca temeridad nuestra, sino autoridad de los santos Padres, San Jerónimo, al intentar resolver la cuestión del Génesis, donde se dice: «Quien mate a Caín, pagará siete venganzas (Gén. IV)», afirma que hay siete generaciones desde Adán hasta Lamec, aunque no se encuentren más que tantas, es decir, siete personas. Y, para poner las propias palabras de tan gran doctor: Esta es la opinión de nuestros mayores, que creen que en la séptima generación Lamec mató a Caín; y añade: Adán engendró a Caín, Caín engendró a Henoc, Henoc engendró a Cainan, Cainan engendró a Malaleel, Malaleel engendró a Matusalén, Matusalén engendró a Lamec, que es el séptimo desde Adán. Y poco después: Este Caín, dice, fue muerto en la séptima generación, y según otra edición pagó la pena de su crimen: donde creo que no ha quedado nada oscuro. En las palabras de este doctísimo hombre se muestra claramente que, aunque desde Adán hasta Lamec solo hay siete personas, no obstante, hacen siete generaciones. De esta enumeración de generaciones tampoco discrepa el bienaventurado Gregorio. Pues en la exposición del bienaventurado Job, afirma que Henoc es la séptima

generación, aunque solo se encuentren seis padres antes que él. Estas son las palabras del bienaventurado hombre (Moral. X): «A los elegidos, dice, Henoc nace en la séptima generación», porque buscan la dedicación de su gozo en la gloria de la retribución final. Y ciertamente, como la sagrada historia del Génesis testifica claramente: «Adán engendró a Set, Set engendró a Enós, Enós engendró a Cainan, Cainan engendró a Malaleel, Malaleel engendró a Jared, Jared engendró a Henoc (Gén. III)». Así como por la línea de Caín se encuentran ser solo siete personas sucesivas desde Adán hasta Lamec; así también por la serie de los elegidos se numeran solo siete personas desde el mismo Adán hasta Henoc. Pero así como en la genealogía de Caín, según San Jerónimo, Lamec es el séptimo desde Adán, así San Gregorio testifica que es la séptima generación.

Si, por tanto, no nos desagrada seguir el ejemplo de hombres tan grandes, queda que tantas generaciones deben decirse, cuantas personas pueden contarse en los sucesores de cualquier género.

CAPÍTULO II. Cómo desde la deportación a Babilonia hasta Cristo hubo catorce generaciones.

Añadamos aún, lo que es de mayor peso, y tiene la fuerza inviolable de la autoridad. Pues el evangelista Mateo, después de haber tejido la línea de la generación de Cristo, añadió esto en la conclusión: «Todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones, y desde David hasta la deportación a Babilonia son catorce generaciones, y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo son catorce generaciones (Mat. XI)». Cuando, evidentemente, en ninguno de los tres órdenes que se han dispuesto, se encuentra enumerar más de catorce personas de los engendadores o engendrados. Más bien, si se atiende diligentemente, se encuentra que el tercer orden, que es el último, no contiene más que trece personas. Sobre lo cual, ciertamente, algunos doctores, teniendo diferentes opiniones entre sí, discuten con largas argumentaciones, para mostrar que también en este, como en los demás órdenes, hay catorce generaciones. San Jerónimo afirma que hay dos Jeconías, el padre y el hijo; y que el padre está al final del segundo orden, y el hijo está puesto al principio del tercero. Pero el bienaventurado Agustín dice que un Jeconías se cuenta dos veces. Si esto debe creerse, no sé de qué manera puede parecer verdadera la afirmación del santo evangelista, cuando dice que desde la deportación a Babilonia hasta Cristo hay catorce generaciones. Ciertamente, ya sea que se cuente dos veces, o cuantas veces se quiera, lo que es uno, se reconoce que permanece uno. Pues aunque se diga muchas veces, la esencia de la cosa no se aumenta, ni se multiplica el número, aunque la palabra haya sido repetida. Temo claramente expresar la duda que me surge sobre la opinión de ambos doctores, para no parecer, lo que Dios no quiera, censurar de alguna manera a tan ilustres maestros de la Iglesia y defensores de la verdad.

Por tanto, no me atrevo a discutir sobre las venerables definiciones de ellos, simplemente expongo lo que me parece. Desde lo que se dice, después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, hasta aquello, Jacob engendró a José, el esposo de María, hay trece generaciones. En José, ciertamente, se entiende la duodécima, en María se entiende la decimotercera. Pues si María se uniera a José, como esposa a su esposo, por comercio carnal, justamente se vería una sola generación en ambos. Pero como María no está unida a José de ninguna manera, y la línea de la generación se ha llevado hasta José por la serie de los precedentes, de repente la generación salta a María colocada al otro lado: y mientras se refleja de su línea y pasa a otra, hace un cierto ángulo. Aquel, ciertamente, nació de ella, quien según el Apóstol, es la piedra angular (Efes. II); y como canta el salmista: «Se ha convertido en la cabeza del ángulo (Sal. CXVII)». No inconvenientemente se establece una generación en

María, que es el origen de la generación de aquel a quien, evidentemente, todas las generaciones precedentes sirven. Pues mientras José depende de aquí de la línea recta de la cognación propagada, de allí María descende de otra línea de la misma cognación; el mismo paso de la generación de línea a línea es un sacramento místico. Pues como María no se une a José en carne, no es una sola generación en ambos; sino que José hace una generación, y María hace otra. Ciertamente, como la costumbre de las Escrituras no sostiene que se teja la línea de parentesco a través de mujeres, la genealogía de Cristo se produce a través de hombres; sin embargo, en su nacimiento no se mezcla materia viril, y por eso, cuando se llega a José, el orden de la sucesión no se lleva más abajo, sino que se deriva inmediatamente y de lado a la virgen. Así, después de las generaciones carnales, se hace una generación espiritual, para que inmediatamente siga algo inaudito y singular. Ciertamente, la generación espiritual se hace de José en María, la singular de María en Cristo.

CAPÍTULO III. Cómo Ozías se dice engendrado por Joram.

Pero me dices, quienquiera que seas, ¿cómo puede decirse generación entre José y María, a quien evidentemente él no engendró? Y tú, consultado con una pregunta recíproca, respóndeme: ¿Por qué el mismo bienaventurado evangelista Mateo, de cuya sentencia ahora discutimos, dice entre otras cosas: «Joram engendró a Ozías (Mat. I)»; cuando de ninguna manera es padre de Ozías, sino más bien de Ocozías? Pues quien recorre la historia del cuarto libro de los Reyes, reconoce indudablemente que Joram engendró a Ocozías, Ocozías engendró a Joás, Joás engendró a Amasías, Amasías engendró a Ozías, quien también se llama Azarías (IV Reg. VIII). ¿Por qué, entonces, se dice que Joram engendró a Ozías, a quien no engendró, sino más bien a Ocozías, que ya está lejos de él como quinto? Si, por tanto, se dice que hay generación entre Joram y Ozías, no porque Ozías haya sido engendrado por Joram, sino porque ha sido producido por él a través de una larga sucesión de género continuo; ¿qué impide que se diga generación entre María y José, que sin duda son consanguíneos, por una cierta fuerza y misterio del sacramento? Y si no se puede comprender cómo Cristo nace de una virgen; ¿qué maravilla si entre sus padres parece haber una generación asombrosa y admirable, cuya generación se descubre singular, y su concepción nueva, y su nacimiento inaudito? Sin embargo, decimos esto salvaguardando la autoridad de los santos doctores, a quienes mencionamos anteriormente.

Para que, por tanto, volvamos a lo que comenzamos después de este desvío, en esta generación del Señor no se observa aquella regla que establecimos en otro lugar, de que al calcular las generaciones se prevea que sobre una persona: que si se observara allí, se vería necesario añadir una persona más. Pues en esa línea de parentesco, dispuesta en una triple enumeración, en cada una de las series hay solo catorce personas, como también generaciones. Ni parece que la multitud de personas exceda el número de generaciones, mientras allí las generaciones no son otra cosa que simples personas.

Por tanto, al considerar y ponderar diligentemente el asunto, se presenta claramente que el bienaventurado evangelista, al enumerar la regla de parentesco que mencionamos antes, no solo no la mantuvo, sino que la evitó cautelosamente, la despreció con esmero, la excluyó prudentemente. Pues cuando en la genealogía del Señor, por cierta causa de misterio, había decidido añadir catorce generaciones en un orden de disposición triple, para mostrar que cada persona es una generación, eliminó del orden narrativo a los tres reyes que mencionamos antes, Ocozías, Joás y Amasías: y se contentó con añadir tantas personas como generaciones enumerar. Ciertamente, cuando tenía a su disposición la multitud de personas, no quiso que la persona excediera a las generaciones; sino que el número de generaciones y personas coincidiera mutuamente. Por tanto, venerable hermano, medita esto también tú con

vigilancia, y esfuérzate por compartirlo con tus sabios, para que, apoyado por la ayuda de otros, puedas responder con certeza. Escribe, por tanto, si debo perseverar en el cálculo de los grados de parentesco en lo que antes describí; o más bien adoptar lo que recientemente encontré, para que, mientras tú me quitas una duda onerosa, muchos te devuelvan a ti, a través de mí, una digna acción de gracias.

Bendito sea el nombre del Señor.